

Los afanes universitarios de Pedro Henríquez Ureña: sus legados

Javier Garciadiego

Para Edmundo O' Gorman, quien cumpliría cien años, y para Miguel León-Portilla, quien cumplió ochenta, ambos universitarios cabales, y ejemplos de la riqueza y de la diversidad universitaria.

La influencia del dominicano Pedro Henríquez Ureña en la cultura mexicana del siglo xx fue tan benéfica como hoy poco conocida. En efecto, las secuelas intelectuales de sus dos estancias en México son decisivas. Además, aún alejado del país, siguió siendo una figura ejemplar. Las características, contextos y vicisitudes de ambas visitas están suficientemente documentadas,¹ pero todavía no se aguilata plenamente la magnitud de nuestra deuda con él. Se sabe, eso sí, que es enorme, por el efecto multiplicador de sus notables discípulos, y de los discípulos de éstos. Para comenzar, es preciso señalar que su impacto se dio en dos ámbitos: en el medio académico o universitario, y en el espacio cultural no institucional, en tanto miembro principal del legendario grupo del Ateneo de la Juventud,² fundado en las postrimerías del porfiriato.

Henríquez Ureña no fue un miembro más del Ateneo de la Juventud, y éste no fue un grupo cultural cualquiera.³ La característica fundamental del Ateneo de la Juventud fue su compromiso, seriedad y rigor, actitud debida, precisamente, al severo magisterio de Pedro

Henríquez Ureña, siempre amigo y maestro. Apenas cinco años mayor que Alfonso Reyes, éste reconocía su “influencia socrática”, pues “enseñaba a oír, a ver, a pensar”, y lo consideraba “el único escritor formado” entre los del grupo ateneísta. Asimismo, Martín Luis Guzmán, sólo tres años menor que él, luego recordaría que Henríquez Ureña lo regañaba “a cada minuto”. Por su parte, José Vasconcelos reconocía que se cohibía delante de él; por último, uno de sus alumnos tardíos lo veía como sentado siempre en un “trono pontifical”.⁴

¿Quién fue ese hombre que concitó todos estos reconocimientos? ¿Cómo ejerció, cotidianamente, un magisterio a la vez fraternal y paternal, horizontal y vertical? Henríquez Ureña había llegado a México en 1906, a la edad de veintidós años, buscando cambiar su restringido entorno caribeño por el de la metrópoli mexicana, por entonces inmersa en un notable proceso de modernización. Si bien se vio forzado a sobrevivir como empleado de la Compañía de Seguros La Mexicana, inmediatamente se involucró en el periodismo cultural —especialmente literario y musical—, lo que le valió ser pronto aceptado en los principales ámbitos culturales. Además, por insistencia de su padre⁵ ingresó a la Escuela de Jurisprudencia hacia 1910, aunque era

¹ Véase Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, y Enrique Krauze, *Pedro Henríquez Ureña*, México, CONACULTA, 2000. Texto editado también en un libro en el que Krauze recupera sus principales ensayos biográficos: *Mexicanos eminentes*, Tusquets Editores, México, 1999, pp. 391-422.

² Años después tuvo también un papel fundamental como maestro de la Sociedad Hispánica, formada por Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado, que operó durante 1913 y 1914 en la Ciudad de México y cuyos objetivos eran estrictamente literarios.

³ La bibliografía sobre el Ateneo de la Juventud es muy abundante. La fuente clásica es Juan Hernández Luna (compilador), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000. Un estudio pionero fue el de José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979. Más recientemente destacan el breve estudio de Álvaro Matute, “El Ateneo de la Juventud”, *Mascarones*, 2, primavera de 1983, así como los de Alfonso García Morales, *El Ateneo de la Juventud (1906-1914)*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1992; Susana Quintanilla, *El Ateneo de la Juventud: balance de una generación*, tesis para optar por el

título de doctorado en pedagogía, Universidad Nacional Autónoma de México, México y Fernando Curiel, *El Ateneo de la Juventud (A-Z)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001.

⁴ Carta de Martín Luis Guzmán a Alfonso Reyes, 22 de diciembre de 1928; carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 24 de noviembre de 1916; carta de Manuel Toussaint a Alfonso Reyes, 4 de septiembre de 1921. En una carta de Reyes a Julio Torri, del 9 de febrero de 1914, se refería a Henríquez como “nuestro hermano mayor”. Consúltese Serge Zaitzeff, *De casa a casa: correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes*, El Colegio Nacional, México, 1990; Fernando Curiel (editor), *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991; Claude Fell (compilación y notas), *La amistad en el dolor: correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, El Colegio Nacional, México, 1995, y Serge Zaitzeff (editor), *Julio Torri/Epistolarios*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995.

⁵ Su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, fue médico y político, y en 1916 fue electo presidente de la República Dominicana.

obvio que su vocación no era abogadil: aceptó hacer dichos estudios por ser los más adecuados entre los existentes. Aunque los cursos le resultaron “enojosísimos”,⁶ allí intensificó su trato con su amigo Alfonso Reyes y con Antonio Caso, joven profesor y líder filosófico del Ateneo. La amistad con Caso, por competitiva que fuera, explica que, al ser éste nombrado Secretario de la Universidad, haya podido designarlo “oficial” de la misma.⁷ Resulta significativo que combinara sus estudios con sus labores administrativas en la rectoría; además, desde mediados de 1912 Henríquez Ureña fue designado profesor interino de “lectura comentada de producciones literarias selectas” en la Escuela Nacional Preparatoria, en sustitución de Luis G. Urbina.⁸ Dicho reemplazo provocó una desagradable polémica, pues hubo quienes lo increparon por ser extranjero. Para que no se repitiera tan injusta acusación en 1913 dictó el curso de literatura inglesa y angloamericana,⁹ con Shakespeare como tema principal, lo que implicaba ampliar sus temas de enseñanza y reducir los celos nacionalistas, tan en boga en ese momento.

La labor de Henríquez Ureña en la Escuela de Altos Estudios también fue relevante. Creada en 1910 al mismo tiempo que se refundaba la Universidad Nacional, al principio fue dirigida por el positivista Porfirio Parra, quien le asignó objetivos científicos. Luego de la muerte de éste, acaecida a mediados de 1912, Altos Estudios fue dirigida por el ateneísta Alfonso Pruneda, quien le imprimió una tendencia humanística. El principal colaborador de Pruneda fue Alfonso Reyes, lo que explica la incorporación de varios ateneístas al cuerpo docente.¹⁰ Uno de ellos fue, previsiblemente, Henríquez Ureña quien colaboró con su amigo Reyes en el diseño y creación de la Subsección de Lengua Nacional y Literatura, que tenía como finalidad “formar profesores” de ambas materias para las escuelas secundarias, preparatorias y normales.¹¹ Sin duda dicho proyecto



fue más obra de Henríquez Ureña que de Reyes. Lo suyo no era ni simple vocación literaria ni mera afición cultural. Henríquez Ureña fue el primero en proponer la profesionalización de los estudios literarios. Como lo dijera claramente, la Escuela de Altos Estudios no era “para formar *dilettante*” sino para estudiar humanidades “en serio”.¹² El interés de Henríquez Ureña por fomentar los estudios literarios a nivel profesional se hizo evidente a mediados de 1913, cuando renunció a su curso de la Escuela Nacional Preparatoria para concentrarse en sus cátedras de la Escuela de Altos Estudios, con estudios universitarios y de posgrado. El argumento para justificar su promoción fue la calidad de su docencia en la Preparatoria y “los valiosos estudios que ha publicado”.¹³ Para su fortuna, eran previsibles

⁶ Hace unos años la Academia Argentina de la Lengua publicó las “memorias” de don Pedro, editadas luego en México por el Fondo de Cultura Económica, en el año 2000. Una biografía escrita por una de sus hijas hace un rico uso de ellas. Cfr. Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía*, Siglo XXI Editores, México, 1993.

⁷ Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Expedientes de Personal, número 820, ff. 3, 7, 14 (en adelante AHUNAM, FEP, número 820).

⁸ Conocía a Luis G. Urbina, secretario del ministro Justo Sierra además de reconocido escritor, desde que había colaborado con él en la compilación de la famosa obra *Antología del Centenario*, publicada en dos volúmenes en 1910. AHUNAM, FEP, número 820, ff. 40, 48, 127.

⁹ *Ibidem*, f. 61. Tan sólo a Shakespeare le dedicó entre 30 y 35 sesiones. Cfr. *Ibidem*, f. 142.

¹⁰ Javier Garcíadiego, *Rudos contra Científicos*, El Colegio de México, México, 1996, p. 129. Entre los otros colaboradores ateneístas pueden citarse a Jesús Acevedo, Carlos M. Lazo, Federico Mariscal y Mariano Silva y Aceves.

¹¹ AHUNAM, FEP, número 820, ff. 55-56, 60, 65, 67, 69, 71-72, 76, 78. *Boletín de Instrucción Pública*, volumen XXI, pp. 321, 325-326.

¹² AHUNAM, FEP, número 820, ff. 128-130, 141. Muchos años después, en julio de 1950, Alfonso Reyes le aseguraría a Max Henríquez Ureña, el menor de los hermanos, que Pedro había participado en el diseño de Altos Estudios.

¹³ *Ibidem*, ff. 79-80, 89, 127. Su cambio a Altos Estudios también tenía como objetivo sustituir a Alfonso Reyes en su cátedra de lengua y literatura castellanas, luego de que éste se trasladara a Francia para ocupar un puesto diplomático. Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 7 de octubre de 1913. Véase Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo con Alfonso Reyes*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1981, y José Luis Martínez, *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986. Entre otros libros, en 1910 había publicado en la Librería P. Ollendorf de París su libro *Horas de Estudio*. La leyenda sostiene que Justo Sierra, cuando le obsequió personalmente un ejemplar, le dijo que daba la impresión de que en él todas las horas eran de estudio. Otros trabajos suyos eran los *Ensayos críticos*, publicados en La Habana, Cuba en 1905, y sus *Tablas cronológicas de la literatura española*, publicadas en México por la Universidad Popular Mexicana en ese año de 1913, folleto precisamente vinculado a su docencia.

menos reclamos nacionalistas, pues Altos Estudios no tenía la misma visibilidad ante la opinión pública que la célebre Preparatoria.¹⁴

Sus afanes universitarios abarcaron la totalidad de las posibilidades, pues fue, simultáneamente, estudiante, profesor y funcionario. En contra de cualquier interpretación que exagere su ya inigualable capacidad de trabajo, lo cierto es que necesitaba aquel salario para sobrevivir.¹⁵ De otra parte y como si esto fuera poco, Henríquez Ureña fue igualmente esforzado en labores más libres que académicas, como lo prueba su protagónica labor en el Ateneo. Una característica que lo distinguía del resto de sus compañeros del Ateneo era la diversidad de sus intereses. En unos predominaba la vocación literaria, como en Reyes, Julio Torri y Mariano Silva y Aceves; en otros prevalecían los temas filosóficos, como en Antonio Caso y José Vasconcelos. En cambio, Henríquez Ureña fue el único que tenía una vocación doble: literaria y filosófica. Adherido a las nuevas corrientes filosóficas desde años antes, y más al pragmatismo angloamericano que al espiritualismo francés, Henrí-

quez Ureña colaboró a finales de 1913 y principios de 1914 en el desmantelamiento de la pedagogía positivista imperante en la Preparatoria y en las escuelas universitarias, mediante la crítica certera y la elaboración de los nuevos planes de estudio. El argumento antipositivista de Henríquez Ureña fue contundente: intuía que los positivistas ortodoxos considerarían la reforma como una “blasfemia”, pero estaba consciente de que dicha doctrina había perdido “mucho terreno” en el país. No padecía temor alguno, pues sabía que la Preparatoria estaba estancada desde hacía varios años y que a últimas fechas sólo producía “pedantería científica”.¹⁶

Aunque el propio Pedro Henríquez Ureña tiende a sobrestimar su participación en la reformulación del plan de estudios de la Preparatoria, es indudable que su labor e influencia fueron decisivas.¹⁷ Esto se confirma al constatar que él fue el encargado de dar el discurso de “inauguración de cursos” en 1914, precisamente cuando se estrenaba el nuevo plan de estudios: el título del mismo no podía ser más significativo, “La cultura de las humanidades”, título doblemente retador: al desfalleciente positivismo y a la situación política del país, que por entonces enfrentaba uno de los momentos más violentos dentro de un decenio ya de por sí violento.¹⁸

¹⁴ La bibliografía sobre esta institución es muy copiosa. Entre las obras más significativas destaca la de Clementina Díaz y de Ovando, *La Escuela Nacional Preparatoria: los afanes y los días, 1867-1910*, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1972, 2 volúmenes.

¹⁵ Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 13 de marzo de 1908. Consúltese Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo*, y José Luis Martínez, *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, *op. cit.* En una antología de sus textos de tema universitario se incluye como apéndice una síntesis de su expediente como universitario, elaborado por Ángeles Ruiz. Cfr. Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación*, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Educadores Mexicanos, segunda edición, México, 1987, pp. 125-151. Esta segunda edición fue prologada por Álvaro Matute.

¹⁶ Alfredo Roggiano, *op. cit.*, pp. 173-175.

¹⁷ Para analizar su participación en la reforma antipositivista de la Preparatoria de finales de 1913 y principios de 1914, véase carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 28 de enero de 1914. Consúltese Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo*, y José Luis Martínez, *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, *op. cit.* Véase también Garcíadiego, *op. cit.*, pp. 252-261.

¹⁸ En *Universidad y educación*, *op. cit.*, pp. 96-105. Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 25 de marzo de 1914. Consúltese Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo*, y José Luis Martínez, *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, *op. cit.*



Con José Vasconcelos y Diego Rivera



Henríquez Ureña, siempre sorprendentemente actualizado en sus lecturas y siempre atinado en sus diagnósticos, juicios y propuestas, sabía que los viejos profesores positivistas habían desaparecido del escenario, tanto por razones biológicas como políticas. La transformación general que implicaba la Revolución obligaba al surgimiento de nuevos profesores, maestros y guías. Sin embargo, eran pocos los candidatos que podían ocuparse de tales funciones. Los principales universitarios que sucedieron a los de la generación porfirista prefirieron criticar a Madero y luego colaborar en el gobierno del usurpador Victoriano Huerta, como Rodolfo Reyes y Carlos Pereyra. Otro potencial maestro pudo haber sido Vasconcelos, pero prefirió incorporarse a la lucha revolucionaria antes que dedicarse a la vida académica. Entre los pocos que quedaban en disponibilidad y con atributos destacaban Antonio Caso y Henríquez Ureña. Sin embargo, éste sólo permaneció en el país los primeros meses de 1914, tiempo suficiente para obtener su título de abogado, a finales de febrero, con una tesis que aspiraba a analizar la Universidad, lo que confirma que entre sus muchos intereses intelectuales siempre predominaron los compromisos pedagógicos.¹⁹ Esta postura la hizo evidente al dedicar su tesis, cuyo título era simplemente *La Universidad*, a Justo Sierra, a Ezequiel A. Chávez, a Antonio Caso, a Valentín Gama, a Francisco Pascual García, a Alberto J. Pani, a Victoriano Pimentel, a

Alfonso Pruneda y a Antonio Ramos Pedrueza, “constantes defensores de la institución”.²⁰

En abril partió rumbo a Cuba, donde residió durante un año, y luego se dirigió a los Estados Unidos, donde permaneció hasta 1921, periodo interrumpido por dos breves estancias en España, en 1917 y 1919. Sus planes no eran éstos: había salido de México a principios de abril de 1914 con la idea de establecerse en Europa “por tiempo indefinido”. Su paso por Cuba tenía razones familiares, y le servía como primera escala transatlántica. Para su desgracia, el estallido de la Primera Guerra Mundial, a mediados de 1914, lo obligó a torcer el rumbo y a permanecer en América. De allí que de Europa sólo pudo visitar la neutral España, “en la orilla” de aquel continente.²¹ Tuvo al principio un ofrecimiento de volver a México pocos meses después de su partida, cuando Vasconcelos, al entrar a la Ciudad de México las victoriosas tropas revolucionarias, le ofreció la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria. Sin embargo, el dominicano no estaba dispuesto a volver a México mientras estuviera la “atmósfera envenenada” por la lucha revolucionaria, ni quería dar la impresión de regresar por el “botín”; además, le dijo, que detestaba la política.²²

²⁰ Véase *Universidad y educación*, op. cit. pp.45-69.

²¹ Enrique Krauze señala atinadamente que lo pequeño de su país natal y los grandes conflictos internacionales hicieron de él un hombre “errante”, un “marinero intelectual”. Cfr. op. cit., pp.6-7.

²² Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 13 de septiembre de 1914. Consúltase Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo*, y José Luis Martínez, *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, op. cit.

¹⁹ Véanse las cartas de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes del 22 de noviembre de 1913, y del 4 y 25 de febrero de 1914. Consúltase Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo*, y José Luis Martínez, *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, op. cit.

A pesar de su alejamiento de México, el haber estado activo en la docencia hasta 1914 lo distingue de ateneístas como Reyes y Vasconcelos, pues tuvo la oportunidad de ser maestro decisivo de varios jóvenes que pronto destacarían en la reconstrucción posrevolucionaria del país. Tanto en Altos Estudios como en la Preparatoria alcanzó a ser profesor de Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado, o de Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano. Dado que, salvo Toussaint, todos éstos fueron miembros de “los siete sabios”,²³ puede decirse que Henríquez Ureña —y Antonio Caso— fueron los únicos que transitaron del culturalista Ateneo al magisterio con los jóvenes formados en la severa experiencia del año 1915, lo que les imprimió compromisos reconstructivos. Ambos fueron el “puente” entre aquellos dos célebres grupos, lo que los convierte en piezas fundamentales de la historia político-cultural del México moderno.

La salida de Henríquez Ureña resulta plenamente explicable. Primero que todo, le dolió la desintegración del Ateneo. Además, la violencia revolucionaria iba en aumento, por lo que comenzaron las restricciones, por primera vez desde 1910, a las actividades académicas. Además de que se vio amenazada la labor cultural e intelectual de Henríquez Ureña, como extranjero no estaba obligado a compartir y sufrir la crisis nacional. Con todo, volvería a México en 1921, cuando el arribo al poder de los sonorenses —Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón— permitió la llegada de José Vasconcelos a la rectoría y, un año después, a la Secretaría de Educación Pública. Comprensiblemente, Vasconcelos acudió a sus compañeros del Ateneo y a los grupos que lo sucedieron, como la Sociedad Hispánica, “los siete sabios” y los que luego serían conocidos como “los Contemporáneos”.²⁴ Henríquez Ureña, como jefe de los ateneístas y como maestro de los que les siguieron, resultaba imprescindible. Otros colaboradores fueron Antonio Caso, Julio Torri y Mariano Silva Aceves; Manuel Toussaint y Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano; por último, también se integró a Jaime Torres Bodet y a Carlos Pellicer, entre otros. La labor de todos, con Vasconcelos como caudillo y con Henríquez Ureña como guía, fue colaborar en la transformación cultural y educativa del país.²⁵

²³ Para el estudio de este grupo fundamental la fuente “primaria” clásica es la de Luis Calderón Vega, *Los siete sabios de México*, Editorial Jus, México, 1961. La mejor interpretación es la de Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1976.

²⁴ AHUNAM, FEP, número 820, ff. 202, 204, 211, 220-222. Es imprescindible consultar la obra de Guillermo Sheridan, *Los contemporáneos ayer*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

²⁵ El mejor testimonio de la labor educativa de Vasconcelos es el tercer volumen de su autobiografía, intitulado *El desastre*. Acaso el mejor análisis sea el de Claude Fell, *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989.

El dominicano volvió al país en 1921 para dirigir el Departamento de Intercambio Universitario²⁶ y para retomar su docencia en la Escuela de Altos Estudios donde impartió cursos de lógica, ética, estética e historia de los sistemas filosóficos. Con ello aumentó su influencia en la vida cultural de la primera mitad del siglo xx mexicano, pues en esta ocasión tuvo como alumnos a Miguel Ángel Cevallos, Daniel Cosío Villegas, José Gorostiza, Palma Guillén, Julio Jiménez Rueda, Carlos Pellicer, Samuel Ramos y Eduardo Villaseñor, entre muchos otros.²⁷ Para Cosío Villegas el dominicano era un hombre que sabía y gustaba de enseñar; para Ramos era un “guía socrático... que movilizaba el pensamiento”, y Villaseñor lo consideraba, como tantos que lo conocieron, un “infatigable maestro socrático”, que siempre enseñaba y corregía.²⁸ El mismo Henríquez Ureña reconoció, con cierta tristeza, su naturaleza socrática, al aceptar que su influencia era mayor que su obra.²⁹

Por su experiencia y sus contactos externos —en Cuba, España y los Estados Unidos—, y por las pretensiones de Vasconcelos de proyectar a la educación superior mexicana en el ámbito internacional, a Pedro Henríquez Ureña se le encomendó crear la Escuela de Verano, semejante a la que sostenía en Madrid el Centro de Estudios Históricos, donde había laborado temporalmente el propio Henríquez Ureña para reemplazar a su amigo Alfonso Reyes.³⁰ El objetivo no se limitaba a atraer a algunos jóvenes estadounidenses para que pasaran unos meses en México aprendiendo el idioma. También se buscaba establecer, a largo plazo, una relación diplomática bilateral más sana, a partir del contacto entre los mejores segmentos de ambos países, como lo confirma la disposición de Obregón de que se subsidiara a los jóvenes norteamericanos que acudieran a dichos cursos. Tanto en lo académico como en lo político los cursos de verano resultaron “muy satisfactorios”.³¹

²⁶ Según su expediente, en enero de 1921 fue nombrado Jefe segundo del Departamento Técnico de Intercambio Universitario, y fue promovido en 1923 a Jefe del Departamento de Intercambio Universitario y de la Escuela de Verano. Cfr. AHUNAM, FEP, número 820, ff. 130-133.

²⁷ AHUNAM, FEP, número 820, ff. 144-147.

²⁸ Véase Eduardo Villaseñor, *Memorias-testimonio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p. 41; Samuel Ramos, *Obras completas*, volumen I, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1975, p. 83, y Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1976, p. 79.

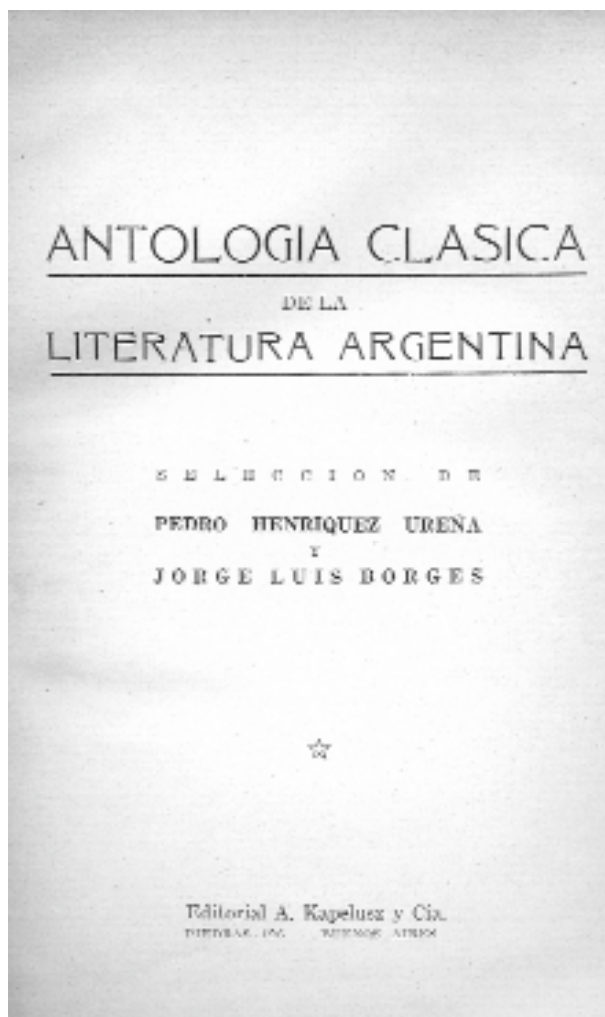
²⁹ Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 13 de agosto de 1914. Consúltense Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo*, y José Luis Martínez, *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, op. cit.

³⁰ Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 30 de marzo de 1920. Consúltense Serge Zaitzeff (editor), *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, El Colegio Nacional, México, 1992-1994. Aunque breve, su colaboración en el Centro de Estudios Históricos de Madrid fue muy apreciada, pues inmediatamente publicaron allí su tesis doctoral, *La versificación irregular en la poesía castellana*, en la serie Publicaciones de la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1920.

³¹ Alfredo Roggiano, op. cit. pp. 204-206, 208-215, 299.

Además, por sus labores docentes y organizativas, Henríquez Ureña fue un destacado actor de la renovación cultural de aquellos años, al servir de asesor en asuntos musicales y literarios, ya fuera sugiriendo la publicación de algunos libros y autores “clásicos” o estimulando el rescate y la edición de la literatura folclórica y popular. Desgraciadamente, la calidad de su aportación estuvo reñida con su duración y estabilidad. En efecto, cuando era miembro del Consejo Universitario de la Universidad Nacional, a mediados de 1922, se opuso con éxito a que se confiriera al periodista Félix Palavicini el doctorado *honoris causa*. Como consecuencia, a partir de ese momento comenzaron a proliferar en *El Universal* arteros ataques contra aquel “negro haitiano” (*sic*) que se aprovechaba del “presupuesto” mexicano.³² Sus problemas se agravaron a mediados de 1923, cuando por motivos aparentemente universitarios pero que no podían ocultar su naturaleza política de nivel nacional, el círculo de los hermanos Caso y de Vicente Lombardo Toledano, al que pertenecía Henríquez Ureña, se enfrentó violentamente al ministro Vasconcelos.

Los primeros eran partidarios del grupo de Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Luis N. Morones, y estaban unidos por lazos familiares;³³ en cambio, Vasconcelos prefería como sucesor en la presidencia del país a Adolfo de la Huerta. Aunque Henríquez Ureña no se involucró en el conflicto que se suscitó cuando Vasconcelos destituyó a Lombardo Toledano de la dirección de la Preparatoria, acusándolo de inmiscuir a la institución en asuntos de política electoral, poco después, “por lógica solidaridad”, renunció a su puesto, finiquitando así sus ligas directivas con la Universidad Nacional de México.³⁴ Las relaciones de Henríquez Ureña con el rector, Ezequiel A. Chávez, eran mucho mejores que las que tenía con el ministro Vasconcelos, al grado de que aquel propuso, sin éxito aparente, que se le nombrara “consejero honorario del Departamento de Intercambio”, por el “amor profundo que le tenía a la Universidad Nacional”.³⁵ Para muchos era previsible el rompimiento entre Henríquez Ureña y Vasconcelos, pues eran “dos torbellinos” que chocaban “constantemente”. Los motivos del enfrentamiento no fueron únicamente



políticos: también tenían hondas diferencias en temperamento y personalidad, y distintas perspectivas de la labor académica y de la naturaleza y situación de las humanidades, puntos en los que el dominicano aventajaba fácilmente al ministro: por ejemplo, Vasconcelos se opuso a la propuesta de Henríquez Ureña de que se comenzara a enseñar fonética en México, pues le parecía una “cosa... pedantesca”.³⁶

Producto de sus alianzas políticas y de sus nexos familiares, Henríquez Ureña colaboró con Vicente Lombardo Toledano, cuñado suyo desde hacía unos meses, cuando éste fue designado gobernador interino de Puebla a finales de 1923. Quedó al frente de la Dirección de Educación estatal, pero el experimento de ese gobierno de jóvenes intelectuales resultó efímero. A pesar de lo breve, su labor en Puebla fue intensa, tanto en el ámbito educativo como en el cultural.³⁷ Cuando Lombardo Toledano tuvo que dejar el puesto, Henríquez Ureña quedó desempleado. En rigor, fue tan corta esa aventura de Lombardo Toledano en la gubernatura poblana, que Henríquez Ureña pretendió recuperar su plaza de profesor

³² Errónea e injustamente se le llamó “bachiller fracasado”, en tanto carente de título, pues había obtenido el de abogado a principios de 1914, y el doctorado —*Ph. D.*— en 1918, en la Universidad de Minnesota.

³³ El menor de los Caso, Alfonso, se unió en matrimonio con una hermana de Lombardo Toledano, mientras que el propio Henríquez Ureña lo hizo con otra hermana, de nombre Isabel.

³⁴ AHUNAM, FEP, número 820, ff.326-328. Alfredo Roggiano, *op. cit.*, p.259. Vasconcelos precisó a un amigo mutuo que Henríquez Ureña había renunciado a la dirección del Departamento de Intercambio pero que había conservado sus cátedras. Cfr. Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 28 de noviembre de 1923. Véase Claude Fell, *La amistad en el dolor*, *op. cit.*

³⁵ AHUNAM, FEP, número 820, f. 134.

³⁶ Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 13 de junio de 1922; carta de Manuel Toussaint a Alfonso Reyes, 21 de junio de 1922. Véase Claude Fell, *La amistad en el dolor*, y Serge Zaitzeff, *De casa a casa*, *op. cit.*

³⁷ Krauze, *Caudillos culturales*, *op. cit.*, pp. 178-185.



universitario antes de que transcurriera el plazo —tres meses— por el que había solicitado la licencia. Para su desgracia, se le contestó que ya había sido nombrado Julio Jiménez Rueda como su sucesor y que por lo tanto sólo podía otorgársele el puesto “hasta que la licencia... concluyera”. Así, no pudo impartir el último curso que tenía proyectado sobre la “filosofía y estética del pensador hispano-inglés Santayana”.³⁸

Ante esas dificultades laborales, y sin más recursos económicos para sobrevivir que su cátedra universitaria, temporalmente perdida, Henríquez Ureña aceptó el ofrecimiento que le hacía una universidad argentina.³⁹ Preocupado, el rector —Ezequiel Chávez— advirtió al ministro Vasconcelos, en mayo de 1924, que se perdía a un profesor de “méritos... excepcionales”, tanto por sus conocimientos como por “la exactitud con que cumple sus obligaciones” y sus “buenos métodos de enseñanza”. Era tan grave la pérdida que, alarmado,

le anunció que provocaría entre colegas y alumnos “un sentimiento contra las autoridades universitarias que no hubiesen hecho un esfuerzo para impedir que se fuese”. Aunque se intentó sortear las dificultades burocráticas y se le instó a reconsiderar su decisión y permanecer en el país, recordándole que “su alma” era ya “en gran parte mexicana”⁴⁰ y que su obra intelectual y el desarrollo cultural del país estaban “íntima e indisolublemente unidas”,⁴¹ Henríquez Ureña no modificó su resolución. Antes de su partida el rector Chávez le hizo el mayor elogio que pueda recibir un académico, al decirle que para los estudiantes universitarios mexicanos él era un auténtico “jefe de escuela”, apelativo “que no es dado sino a los profesores que de veras merecen este título”. A pesar de que sus servicios eran considerados como “excelentes”, su relación formal con la Universidad Nacional de México concluyó a mediados de junio de 1924. Al no presentarse para ocupar su plaza al concluir la licencia que se le había concedido, pues ya radicaba en Argentina, su nombramiento de profesor fue declarado, escueto pero fatalmente, “insubsistente”.⁴²

Pedro Henríquez Ureña jamás volvió a México, del que se fue, según un viejo amigo, “lleno de dolor”.⁴³ Su ausencia, sin embargo, fue sólo física. Dejó un gran legado en sus compañeros-discípulos del Ateneo, por lo que en las grandes obras de éstos —incluso en la labor educativa de Vasconcelos— floreció su influencia seminal. También marcó a sus alumnos posteriores, de trascendencia en la historia nacional subsecuente, como Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel GómezMorín y Vicente Lombardo Toledano. En resumen, fue mentor de los principales actores de la cultura y la academia nacionales de la primera mitad de este siglo, todos ellos creadores de instituciones esenciales. No es exagerado decir que su magisterio mexicano sigue dando frutos.

⁴⁰ *Ibidem*, f. 136.

⁴¹ Buena parte de sus trabajos dedicados a México fueron compilados y prologados por don José Luis Martínez, publicados con el título de *Estudios mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

⁴² AHUNAM, FEP, número 820, ff. 339-342.

⁴³ Carta de Martín Luis Guzmán a Alfonso Reyes, 19 de septiembre de 1925. Consúltese Fernando Curiel, *Guzmán/Reyes. Medias palabras*, op. cit.

³⁸ AHUNAM, FEP, número 820, ff. 134-135, 331, 333 y 335. El propio Henríquez Ureña se había permitido recomendar como suplente a Julio Torri, pues “me parece, entre los mexicanos residentes en el país —clara alusión al ausente Reyes—, el de mayores conocimientos en literatura española, con la posible excepción de Manuel Toussaint”.

³⁹ *Ibidem*, f. 133. José Vasconcelos asegura que había establecido contacto con la Universidad de La Plata desde que había visitado Argentina, en 1922, como parte de la comitiva oficial mexicana que realizó labores de protocolo diplomático en Sudamérica.

Una versión muy preliminar de este texto fue leída el 14 de noviembre de 1996, en la sesión organizada por la UNESCO —en París, Francia— para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la muerte de Pedro Henríquez Ureña. Agradezco a don Mario Ojeda, por entonces representante de México ante ese organismo, la confianza que suponía la invitación a participar en dicho acto. Luego fue publicada con el título “La presencia de Pedro Henríquez Ureña en el ámbito académico mexicano”, en *Boletín Editorial de El Colegio de México*, El Colegio de México, número 71, enero-febrero, México, 1997, pp. 32-38. Agradezco el apoyo de Ma. del Rayo González Vázquez para la elaboración de esta nueva versión.